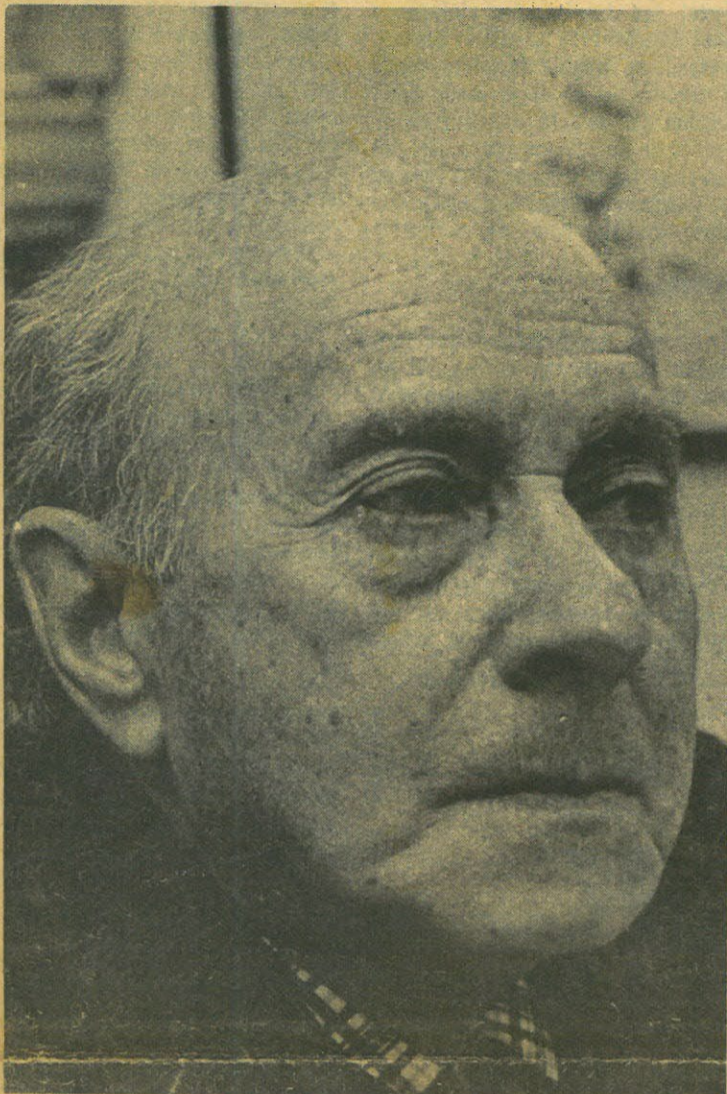


LOS TIBIOS AÑOS DE DON TICO



PARA UNA CRONOLOGIA DE PISARELLO

Como intento de aproximación a la vida y la obra de Gerardo Pisarello, se transcribe una breve cronología de las mismas.

- 1898: Nace en Saladas, Corrientes. Es el menor de 5 hermanos.
- 1916: Se recibe de maestro
- 1918: Director de una escuela en el campo de Saladas.
- 1921: Viene a Buenos Aires. Comienza a estudiar Derecho, carrera que luego abandonaría en el sexto año.
- 1927: Colabora en la revista **Claridad** con el grupo Boedo.
- 1930: Actúa en la Unión Libre Universitaria, organiza la defensa de derechos constitucionales y libertad de cátedra.
- 1935: Integra la Comisión Directiva de la Confederación de Maestros de Capital Federal.
- 1936: Actúa en la AIAPE (Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores, fundada por Aníbal Ponce), e integra su comisión directiva.
- 1939: Su primer libro, **La Mano en la Tierra** (poemas en prosa).
- 1942: Presidente de la Confederación de Maestros, distrito 18.
- 1944: Lo alejan de su cargo de docente.
- 1946: Aparece el **Ché Reta** (**Mi Tierra**, libro de estampas, recuerdos de Saladas).
- 1956: Una disposición ministerial lo repone en su tarea docente. Aparece **Pan Curuica** (**Pan en pedacitos**, relatos), uno de los cuales es publicado luego en Alemania.
- 1961: Se publica **La Espera** (Cuentos). La Casa de las Américas de Cuba lo designa como jurado del rubro cuento en el Tercer Concurso Literario Hispanoamericano. En Berlín, la Verlag Volt edita, en alemán, **Pan Curuica**.
- 1963: Se edita **Recreación y Realidad en Pisarello, Gelman y Vallejo**, de Santiago Bullrich.
- 1965: Se publica **Las Lagunas** (novela).
- 1971: Es incluido en **Narradores Actuales del Norte**, una antología de la editorial Tierra Nueva.
- 1972: Se edita **La Poca Gente** (cuentos)
- 1973: Editorial Huemul de Buenos Aires reedita **Ché Reta**, en la colección Clásicos Argentinos
- 1974: Luego de varias notas en suplementos literarios de diarios porteños, que reclaman contra "el injustificado olvido oficial y de las editoriales" hacia Pisarello, se le otorga el Tercer Premio Municipal de Literatura, correspondiente a 1972, por **La Poca Gente**.

Casi recostándose en la reposera, junto al naranjo enclavado en el centro del patio, Gerardo Pisarello habla pausadamente. Y ante la pregunta gastada y ostentosa pero irremediable ("Para qué, por qué escribir, Don Tico?"), Don Tico (Pisarello), recuerda a su amigo el pintor Giambiagi — "Lo anecdótico es el detalle, lo esencial es el sentir de la vida", decía el artista—, y sintetiza: "Escribir para educar los sentimientos y la conciencia de los seres humanos". Entonces evoca la frase de León Tolstói ("Sólo se tendría que escribir cuando se deja un trozo de la propia carne en el tintero"), y completa: "Una de las cosas más importantes para el escritor, es entender que la palabra no se da para esconder un pensamiento, sino que ella debe buscar ahondar la comunicación entre los humanos".

(El bandido Lega anda por el pueblo de Saladas, huyendo de las partidas que lo acosan, y acercándose a los 'probes' que lo reciben como a un Dios del bien y del mal. Pisarello se recuerda niño: su madre, en aquellas noches, de pronto lo arropaba y lo llevaba a las habitaciones más seguras; afuera, delatado por el golpe de los cascos en la arena, bien montado iba Lega. Y una madrugada, en Rincón de Luna, se encontró con la muerte. El pobrerío sollozó. Hasta hoy, los lunes, la tumba de Lega se llena de flores y de cintas rojas y de imploraciones. Pisarello, lo escribió en su **Ché Reta**: "Solamente él —decía la rezadora— que padeció tanto, se ha de compadecer de nosotros, los 'probes'" Y se le pide que haga llover, o que mejore a un enfermo.)

Junto a la de escribir, y tal vez por ella, Pisarello desplegó en su vida otras dos pasiones: la enseñanza (se jubiló como maestro de escuela) y la amistad. Por su casa de Liniers, pasaron muchos escritores y artistas jóvenes que, en sus inicios, buscaban ser leídos y escuchados, y que en Don Tico, además de un comentarista prolijo, encontraban un amigo. Entre otros, Pisarello alcanza a recordar los nombres de "algunos de los hijos y hermanos que no suele dar la sangre, sino la vida": Juan Gelman, Miguel Ángel Bustos, Pino Solanas, Roberto Cossa, Santiago Bullrich, Francisco Madariaga, Juan Carlos Portantiero, Héctor Yánover. Luego, recuerda a su amigo el crítico Arturo Sánchez Riva. Y la voz de Pisarello tiembla, y sus ojos humedecen. Sobre la biblioteca, en un máscaras de mármol del escultor correntino Amado Puyau, el rostro de Sánchez Riva está presente.

(Las lavanderas de Saladas golpean las paletas contra la ropa en los bancos de madera, y rien como el agua en la evocación. Para Pisarello el drama de las mujeres de su pueblo surge nítido: las enfermedades les robaban los hijos niños, el trabajo se los quitaba muchachos, y los bailes de pueblo, las cuadreras, por culpa de "una palabra quebrada"; como se dice en Saladas, se los llevaba de hombres. El escritor recuerda a una lavandera, que sólo se arrimaba a su casa paterna para pedir "unas astillitas, para hacer fuego". "Era tanta su dignidad de pobre", escribió, "que sólo iba a pedir para mantener la permanencia de un mito: el fuego, sentimiento solidario básico de la especie humana.")

Pisarello ya está en el corazón de la charla. Y puede decirse que este escritor correntino que no se detuvo nunca en los fuegos artificiales del regionalismo fácil ("Nada puede contra una vocación como la suya, que opone una obra seria y

A los 74 años, Don Tico — el escritor correntino Gerardo Pisarello que recién supo de algún reconocimiento oficial de la Argentina hacia su obra: el Premio Municipal de 1972 fue, de todas maneras un acto de justicia que seguramente no alcanzó a cubrir la excelente obra de un prosista sentido, alejado siempre de los cenáculos y de los oropeles de la fama. La obra de Pisarello, concisa y densa, está compuesta por tres libros de cuentos (Pan Curuica, La Espera, la Poca Gente), uno de prosa poética (La Mano en la Tierra), otro de estampas de su vida y de su pueblo (Ché Reta), y una novela (Las Lagunas) que, en los años 60, se reveló como el negativo fotográfico de Cien Años de Soledad, al contar, sin estridencias, y adelantándose cronológicamente a la obra de García Márquez, los cien años de dolor y esperanza en la vida de una familia de Corrientes.

En esta nota se conversa con Pisarello, se dan lugar a los recuerdos de su pueblo. Pero sobre todo, en nombre de una generación de escritores, se intenta festejar al compañero que a lo largo de varias décadas, se brindó a ellos ofreciéndoles un comentarista agudo y sin solemnidad.



se murió, la mataron señor y eso no es justo. Los asesinos están acomodados, andan bien con la autoridad y nadie los sujeta, asaltaron mi casa y del susto se murió la probecita mi mujer". Y la imagen abunda en la obra de Gerardo Pisarello (ver cronología): la miseria de la pobre gente, el dolor de su pueblo, aparece nítido, sin proclamas ni tonos enfáticos ni moralizaciones fáciles, pero con un gusto a lágrimas y sangre que parece doler en cada palabra.)

Y Pisarello habla de literatura, sobre el realismo, lo nacional y el problema lingüístico que lo apasiona. Sin querer casi, y entusiasmado, va dejando caer definiciones: "El escritor toma la realidad, la recrea, y entrega una realidad pensada, cargada con lo suyo propio, y no una realidad aparente"; "¿Existe una literatura nacional?, en lo temático indudablemente sí. Pero una verdadera obra de arte o literatura que, para serlo, tiene que trascender y estar resuelta estéticamente, ya logra de por sí universalidad: véase sino a Eliot, tan inglés y mundial al mismo tiempo"; "A Borges le cuesta entender el drama de su pueblo; cómo va a interpretar a Fierro, que mata como por desgracia, si en él hay siempre una cuestión de clase, que le impide sentirse interpretado por un hombre de pueblo".

Finalmente, "este hombre nuestro que ha levantado silenciosamente, y con infinita modestia, una obra admirable" (como escribió Andrés Rivera), vuelve a los amigos, "los que me ayudan a entibiar los años". Por las bibliotecas, inmensas, prolijas, andan los nombres de los amigos. Y también, por la casa, el recuerdo de María Pisarello, hermana del escritor, que vive allá, en Saladas, adónde el "baja" varias veces por año para reencontrarse con su pueblo en donde, cómo escribió alguna vez: "por sus calles de arenas, como niños, andan siempre en remolinos de polvo los vientos del norte. Y aquel que se retrasa en la tarde por las huellas que alejan del pueblo, hacia las afueras, suele dar de pronto con la noche comenzando en el canto de los boyeros". Y ante la metáfora, Don Tico, con modestia, sonríe y parece asentir: "Es que Gerardo anda por la vida y por la literatura con la misma actitud, como quien ceba un mate; es decir, la mano extendida, el gesto franco y la amistad desplegada y sin vueltas", dice un amigo, durante la entrevista.

Luis Alberto Frontera

valiosa al fácil halago de 'Los triunfadores' del día", le escribió Bernardo Verbitsky), ha incorporado a su conversación y su obra, el espíritu del idioma guaraní: sus frases son cortas, metafóricas, penetrantes. Tiene razón Héctor P. Agosti cuando escribe: "El idioma de Pisarello representa una integración armoniosa del español y del guaraní, de ninguna manera una yuxtaposición viciosa donde las ortopedias surgen a la vista, como en tanta literatura regional". Sobre el lenguaje, Don Tico, sin dejar de cebar afectuoso el mate amargo, apunta: "En guaraní, por ejemplo, no existía la palabra 'corazón'. Y esa gente, que no sabía nada de anatomía, lo llamó 'pia-phi-jhi' (los sonidos son irreproducibles), que quiere decir 'en el medio del pecho', o 'pecho tomado'..." "En el medio del pecho", comenta alguien junto a Pisarello, "cuánta claridad, justo el lugar donde se sienten las emociones fuertes".

(Rincón de Amores se llamaba al conjunto de ranchos pobres, la laguna Guazú se interponía entre el barrio y la casa de los Pisarello, hasta donde solían llegar, por las noches, los llantos de la pobre gente, y la familia se preguntaba: ¿quién habrá muerto? Aquella vez, Pisarello vio el carro, el cajón fúnebre. Sobre el féretro, el paisano, sollozando, le dijo: "Ha visto señor la 'la probecita'